

DIEGO LUIS SANROMÁN

Ladran los hombres

ÍNDICE

La muleta	13
Domingo	23
<i>Monsieur Cocose</i> ha muerto	25
Hans Christian Andersen	39
<i>Blood Red Roses</i>	43
Niño muerto en casa en ruinas	75
Mariposas en la barriga	87
Fracaso escolar	97
Chischís, tictac	99
<i>Sit, Bobby, sit!</i>	105
¡Ñstafos ñsfos dnetos!	111
Diez microminirrelatos de miedo diez	123

*Para Mari Cruz,
siempre.*

«Efectivamente, escribí esa frase. Por supuesto,
tenía la esperanza de que no tuviera sentido,
pero, en el fondo, todo acaba por tenerlo».

Marcel Duchamp

LA MULETA

I

EL GATO DE LA vecina debe de estar muriéndose de hambre, el gato de la vecina debe de estar agonizando, la vecina debe de haber abandonado a su gato. Al principio tomamos sus maullidos lastimeros por la banda sonora de un orgasmo, y Andrés y yo nos quedábamos muy quietos en el centro del salón, con los ojos apuntando al techo, los dos —aunque sobre todo él— llenos de vergüenza, de envidia y de resentimiento, pero conforme los gemidos se fueron alargando y prolongando en el tiempo acabamos por desechar nuestra primera hipótesis. Con el paso de los días, el ruido fue convirtiéndose en un ulular continuo que se filtraba por el techo de las habitaciones de nuestro piso como una mancha de humedad. Ya empieza a hacer frío y hoy me he puesto el primer jersey del otoño, pero el hombre que está sentado frente a mí a veces baja el libro que está leyendo y se asoma por encima de las páginas y me mira. Creo que el libro que está leyendo se titula *La caza del camello en el trópico* o algo parecido y creo que me mira los pechos a pesar de mi primer jersey otoñal. De las orejas del adolescente que tengo al lado se escapa el ruido metalúrgico de una base rítmica y él menea la cabeza y aprieta muy fuerte los párpados como si le hiciera daño. Puede que sea una bendición quedarse sordo, pienso, pues las gatas moribundas gimen como las mujeres en éxtasis y nuestros edificios cada vez tienen un sis-

tema de aislamiento más precario, esto es lo que estoy pensando cuando lo veo aparecer desde el otro extremo del vagón contiguo al mío.

Es un hombrecillo menudo y negruzco, un gorrioncillo caído del nido en un día de lluvia. Habla con acento del este y se desplaza a través de los vagones de metro ayudándose de una frágil muleta, una sola. Dice: «Buen día, guapa. Grasia, guapa», o bien «señó» si el interpelado es un varón, mientras se marca el compás con la contera del apoyo. Cuando llega a nuestra altura, el tipo del libro se hunde más hondo en su lectura, el adolescente acelera su *head-banging* y yo palmeo mi bolso de mano y agito la cabeza queriendo significar: «No, no, lo siento mucho, no llevo nada suelto». Pero el hombre insiste mostrándome la palma de su manita escurrida y negra como la de una momia: «Buen día, guapa —repite—. Grasia, guapa», y yo que no, que no: «Lo lamento mucho de verdad, pero no tengo nada». Al final se encoge de hombros, me regala una sonrisa desdentada y opaca y con la muleta da un golpe en el suelo que a mí me parece que tiene algo de absurda marcialidad. Yo diría que se cuadra ante mí antes de despedirse.

He de estar atenta, creo que mi parada es la siguiente, pienso, he de poner cuidado porque me embeleso fantaseando con los orgasmos de las vecinas o saludando a soldaditos contrahechos y al final acabo recorriendo la línea de metro hasta la otra punta. Esto es lo que estoy pensando cuando veo llegar al segundo de los hombres. Es extraño que no me haya dado cuenta de cuándo ha entrado en el tren porque se trata de un hombretón bullanguero y corpulento, y también de tez oscura aunque menos. Noto cierto deje latinoamericano en la monserga con la que intenta vendernos sus chocolatinas, y quizá cierto tono de reproche o de amenaza velada en la voz, no sé por qué: «Mire que son dos por solo un euro, caballero —nos advierte—, dos por solo un euro». Cuando llega a mi altura me pone dos barritas de chocolate bajo la nariz y se me queda mirando, a la espera, desde ahí arriba. Yo desvío la

DOMINGO

SALIERON DE LA CASA con sigilo para no despertar a los que sesteaban después de una comida copiosa. Ella dijo: «Yo conduzco» y atravesaron el pueblo en la tarde desierta del domingo. Tomaron la primera carretera comarcal con la que fueron a toparse. Él la observaba conducir, concentrada con los ojos fijos en la línea del horizonte, y le pasaba el dedo índice de la mano izquierda por entre la pelusilla arremolinada de la nuca. «Deja, me haces cosquillas», y él obedeció.

Husmeó en la guantera: los mapas de carreteras, la documentación del coche, las guías de viaje del marido. Después tomó la mano de ella, que descansaba floja sobre el cambio de marchas, y la atrajo hasta su bragueta para que notase los latidos en la rigidez de su pene. Ella esbozó una sonrisa esquinada pero mantuvo la vista al frente, clavada en el punto de mira de las líneas discontinuas. Había reverberos de espejismo sobre el asfalto negro, el sol de octubre se filtraba por entre las pámpanas dormidas de las viñas que discurrían a ambos lados de la carretera. Llevaban las ventanillas bajadas porque aún hacía calor. «No hay una sola nube», dijo ella. «Ni un solo coche», completó él.

A unos cuarenta kilómetros del pueblo encontraron un camino de tierra que se adentraba en los campos. Detuvieron el coche y caminaron sobre la tierra blanda y ocre. «Espera —dijo ella—. Creo que hay una manta en el maletero». La vio correr torpemente y se entretuvo reventando terrones mientras ella regresaba con

MONSIEUR COCOSE HA MUERTO

Madrid. 18 de octubre de 1990

Padre, Madre, Hijo, Hija y Abuela están sentados en torno a la mesa grande del salón comedor formando un pentágono regular.

Madre ha dispuesto el servicio con un esmero ceremonial, tomando como guía una imagen recortada de una revista de decoración inglesa que le ha prestado la Vecina. Ocasiones especiales merecen esfuerzos adicionales, ha sido su máxima. Desenterrar el mantel de lino (parte de su ajuar de novia) de un cajón olvidado y plancharlo, retirar el tresillo, los dos sillones y el butacón, enrollar la alfombra y guardarla en el armario del cuarto de invitados, pasar la aspiradora, ubicar la mesa en el centro y desplegarla, vestir la mesa con el mantel de lino (parte de su ajuar de novia), rescatar los vasos, las copas y la cubertería buena de plata (regalo del Tío de Padre), encontrar las servilletas bordadas a juego con el mantel de lino (parte de su ajuar de novia), plancharlas, doblarlas y distribuir las sobre la mesa ya vestida, sacar la vajilla cara (regalo de Abuela) de la alacena: platos de porcelana con un ribete en arabesco de color azul prusia, uno de los cuales (un pequeño cuenco soperero, que en ocasiones se ha utilizado para servir frutos secos a las visitas) tiene el borde desportillado, colocar los platos, los vasos, las copas y la cubertería buena de plata (regalo del Tío de Padre), ha sido una labor que le ha ocupado buena parte de la mañana. Al final Madre ha contemplado el conjunto desde una

esquina del salón, ha asentido con la cabeza y ha devuelto el cuenco sopero con el borde desportillado a la cocina.

La imagen que la Vecina le había prestado a Madre, y que la Vecina había recortado de una revista inglesa, mostraba un plano cenital de la distribución esquemática de los platos, los vasos, las copas y los cubiertos para un comensal tipo. De izquierda a derecha, en primera línea, podían verse el tenedor de entrada (1), el tenedor de mesa (2), el plato base decorativo (3), el plato llano principal (4) y el plato de ensalada (5) (en el dibujo, apenas tres circunferencias concéntricas), el cuchillo de mesa (6), el cuchillo de entrada (7) y la cuchara de sopa; en sentido inverso, y en la segunda línea, se encontraban la copa para vino blanco (8), la copa para vino tinto (9), la copa para agua (10), el tenedor y la cuchara para postre (11 y 12), el platillo para el pan (13) y el cuchillo para la mantequilla (14). Como Madre no sabe inglés, ha malinterpretado las indicaciones y puesto la copa para agua (10) en el lugar de la copa para vino blanco (8), y a la inversa. Como Madre no es inglesa, ha sustituido el cuchillo para la mantequilla (14), que a nadie se le ocurriría comer durante el almuerzo, por un cuchillo *de los que cortan* para cortar el pan.

Como corresponde a su jerarquía, Padre preside la mesa. A sus espaldas, de la pared del fondo, cuelga un cuadro que representa un arlequín sonriente y enmascarado. El arlequín, más que un arlequín completo, es un kit compuesto por las piezas necesarias para construir la marioneta bidimensional de un arlequín. El tronco y la cabeza conforman la pieza central del puzzle: el arlequín tiene orejas puntiagudas de fauno, la mirada perdida y una sonrisa opiácea e inquietante debajo de un antifaz de grandes narices. Está tocado con un gorro blando que parece que se le estuviera derritiendo sobre la cabeza y viste un jubón estampado de rombos ceñido con un cinturón de cuero negro. El cinturón le sirve para sujetar algo que está a mitad de camino entre la palmeta escolar y la cachiporra de guiñol, y los rombos alternan el verde, el azul y el

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

*A woman's voice close to my ear
Said, «Why don't you come in here?».
«You looked soaked to the skin».
Soaked to the skin
Nick Cave*

ERA UN RUIDO LEJANO, difuso, que recordaba a un leve chapoteo. Marcel recorrió el breve trecho que separaba el dormitorio del salón y asomó la cabeza a través del vano de la puerta. En el centro de la estancia, un viejo ataviado con un impermeable de marino aplicaba un desatascador al suelo de parqué. Plop y plop y plop. Una y otra vez se afanaba por liberar una cañería fantasmal del obstáculo que bloqueaba el natural curso del agua. Marcel reparó entonces en algo que se le había escapado al principio: el salón estaba inundado, y pensó: «Esto no puede ser bueno para la madera». El viejo pareció oír sus pensamientos y se giró hacia él. Pero antes de que pudiera verle el rostro, se había volatilizado y, en su lugar, una decena de medusas traslúcidas saltaban de un lado a otro de la sala. Cuando despertó, la lluvia repiqueteaba sobre los cristales de las ventanas como dedos impacientes y el viento soplabla en rachas bruscas y desiguales.

Aún le llevó unos minutos salir de su ofuscación y volver a ubicarse en la familiaridad del cuarto en penumbra. En el despertador electrónico de la mesilla de noche constató que eran las 6:15 de la

mañana: demasiado temprano para levantarse y demasiado tarde para reanudar el sueño. Finalmente, optó por lo primero. De una patada se quitó de encima el cobertor y enseguida se sentó al borde de la cama. Se quedó así durante unos minutos más, como si necesitase un tiempo para volver a acostumbrarse a la posición vertical. Bostezó, carraspeó, dejó escapar un pedo sibilante, se rascó la nariz con la palma de la mano y, a tientas, buscó con el pie el refugio de las zapatillas de paño. Lo que encontró, sin embargo, le hizo dudar de que en efecto hubiese regresado a este lado de la realidad.

Si bien es cierto que no tanto como en el sueño, el suelo del cuarto también estaba húmedo y frío, y no eran sus zapatillas las que le aguardaban al pie de la cama. Se frotó los párpados como suele hacerse en tales casos: con premura y con los índices de cada mano formando sendos garfios. Pero al abrir los ojos, volvió a toparse con lo que ya había visto antes de cerrarlos. El último y único vestigio que aún quedaba de la presencia de Layla en la casa: un zapato desgastado que parecía observarlo con mirada lastimera y que se diría había pasado toda la noche al raso, sometido a la acción violenta de la lluvia y del viento. Era uno de esos zapatos híbridos tan comunes ahora, a mitad de camino entre el calzado formal y el deportivo, entre el calzado de caballero y el de señora, cómodos y ponibles en cualquier ocasión. Marcel alargó el cuello desde donde se encontraba y observó el interior. La huella de Layla aún podía percibirse estampada en la plantilla, y a Marcel se le antojó el mapa de un archipiélago compuesto por seis islas a la deriva. Sintió un respingo en el bajo vientre.

Es curioso que se hubiera olvidado del zapato de Layla. Con una nitidez hiriente, le vino a la memoria la escena final. Trascurría en el mismo salón en el que se había desarrollado el sueño del viejo marino y su desatascador. En un plano en picado, podía contemplarse a un hombre sentado a horcajadas sobre el vientre de una mujer. La mujer agitaba los miembros como si estuviera ahogándose. Y en efecto: estaba ahogándose, pues el hombre que

BLOOD RED ROSES

La siguiente confesión fue hallada el pasado 16 de febrero de 1954 en una cabaña de un bosque próximo a la ciudad de Colonia (RFA). El cuaderno en el que había sido redactada se encontraba bajo la mano izquierda del cadáver de un hombre corpulento, de piel atezada y sota-barba de marino; la otra mano sujetaba aún el arma con la que se dio muerte. Según pudo conocerse después, el cuerpo pertenecía a J. M. D. (aka Robert Chester), de nacionalidad británica aunque residente en Alemania desde el fin de la guerra. Consideramos que su valor moral y antropológico justifica la publicación de este testimonio en nuestra revista (Rheinische Anthropologische Zeitung, año II, vol. 1, n.º 2, abril-junio de 1954).

MUCHO HE VIVIDO y no he visto en los hombres nada que fuese libre, bueno, franco, sincero. ¿Cómo podría nadie permitirse el lujo cínico de motejarme de loco monstruoso? ¿En nombre de qué autoridad moral, religiosa, trascendente o terrena, se atrevería nadie a condenar el único de mis pecados: haber sido consecuente con las exigencias de estar vivo? Soy la verdad, la cruda y desnuda verdad, y eso es lo que no pueden soportar vuestros ojillos, tan poco acostumbrados a la luz. Sabed, pues, que debo tan solo a la mezquindad de la naturaleza humana el haber llegado hasta aquí. Si he sobrevivido tanto tiempo, y cometido todo tipo de bajezas

y tropelías a lo largo de una existencia que podría calificarse de intensa, ha sido gracias al temor y la infantil veneración que los hombres experimentan ante cualquier género de autoridad. Ya iré explicándome a su debido tiempo.

Permitidme de momento que haga alguna breve alusión a mis orígenes y al carácter de mis progenitores con el fin de ir esbozando el personaje que estoy a punto de dejar de ser. Como decía de sí mismo el insigne caballero Tristram Shandy, hubiese preferido nacer en la Luna o en cualquier otro planeta, pero lo cierto es que la casualidad y las inquietudes viajeras de mis padres hicieron que viniese al mundo por su reverso; más exactamente, en la ciudad de New Plymouth, North Island, región de Taranaki, al noroeste del estrecho de Cook, Nueva Zelanda, un puerto calmo y lento que no había conocido grandes trastornos históricos desde las guerras maoríes del siglo anterior. Mi padre había llegado a tan distante lugar en condición de joven ingeniero con ambiciones y atraído por los suculentos beneficios que podía reportarle un puesto destacado en la factoría lechera de la ciudad. A mi madre la había recogido por el camino, en una escala obligatoria en Alejandría, y el encanto de mi futuro padre y la promesa de una vida colmada de fascinantes aventuras antípodas la habían arrastrado a una boda rápida y también hasta los confines del mundo más o menos civilizado. Corría el año 1907; yo nací en febrero del siguiente.

Tengo la sensación de que nunca he dejado de moverme, de que mi vida no ha sido sino una singladura desquiciada, huyendo siempre de algo o en pos de algún misterioso objetivo que todavía hoy no soy capaz de discernir. Aunque ahora que estoy solo y armado y en el centro de la nada, me atrevería a afirmar que el destino acechante, del que huía y jamás podía alcanzar, era este que ahora acojo orgullosa y voluntariamente. En cualquier caso, mejor será que evite las divagaciones y recupere la senda que había emprendido. Les decía que nací en Nueva Zelanda a comienzos de esta centuria, pero en la isla tampoco estuve mucho, pues

DIEZ MICROMINIRRELATOS DE MIEDO DIEZ

1. Aquello reptaba allí sobre las rocas.
2. Aún aletargado, creyó que se trataba del crepitar desfalleciente de las últimas ascuas, pero pronto se dio cuenta de que algo le estaba royendo el hueso y sorbiéndole con delectación golosa el tuétano de la tibia.
3. Espejito, espejito... ¡Qué dientes tan grandes tienes!
4. Esa mirada. En ocasiones mi hermano me observa como si regresara del otro lado.
5. ¿Por qué todos esos pingüinos se han congregado alrededor del explorador herido?
6. Contemplaban estremecidos el rostro congestionado, las convulsiones de la tráquea, la angustia de la apnea. Después, al final,